

## CAPITULO III.

Cuenta Periquillo varios nacimientos que tuvo en Tula, y que hubo de sufrir al señor cura.

Crecia mi fama de dia en dia con estas dos estúpidas curaciones, grangeándome buen concepto. hasta con los que no se tenían por vulgares. Tiempo me faltaba para ordenar medicamentos en mi casa, y ya era cosa que me chiqueaba mucho para salir á hacer una visita fuera del pueblo, y eso cuando me la pagaban bien.

Aumentó mis créditos un boticoncillo y una herramienta de barbero que envié á comprar en México, que junta con un exterior más decente que tenia algo de lujo, pues tomé casa aparte recibí una cocinera y otro criado, me hacia parecer un hombre muy circunspecto y estudioso.

Al mismo tiempo que yo visitaba pocas casas, y en ninguna me estrechaba demasiado, pues habia oido decir á mi maestro el doctor Purgante, que al médico no le estaba bien ser muy comadrero, porque en son de la amistad querian que curara de balde.

Con esta y otras reglitas semejantes concernientes á los tomines, los busqué muy buenos, pues en el poco tiempo que os he dicho, comimos yo, Andrés y la «machan» muy bien, nos remendamos, y llegué á tener juntos como doscientos pesos libres de polvo y paja.

La gravedad y entono con que yo me manifestaba al público, los términos exóticos y pedantes de que usaba, lo caro que vendia mis drogas, el misterio con que ocultaba sus nombres, lo mucho que adulaba á los que tenían proporciones, lo caro que vendia mis respuestas á los pobres y las buenas ausencias que me hacia Andrés, contribuyeron á dilatar la fama de mi buen nombre entre los más.

A medida de lo que crecia mi crédito, se aumentaban mis monedas, y á proporcion de lo que estas se aumentaban crecia mi orgullo, mi interés y mi soberbia. A los pobres que, porque no tenían con qué pagarme, iban á mi casa, los tratava ásperamente, los regañaba y los despachaba desconsolados. A los que me pagaban doblados por una visita los tratava del mismo modo, porque más duraria un cohete ardiendo que lo que yo duraba en sus casas. Es verdad que aunque me hubiera dilatado una hora no por eso quedarían mejor curados, puesto que yo no era

sino un charlatan con apariencias de médico; pero como el infeliz paciente no sabe cuánta es la suficiencia del médico ó del que juzga por tal, se consuela cuando observa que se dilata en preguntar la causa de su mal y en indagar así por sus oídos como por sus ojos, su edad, su estado, su ejercicio, su constitucion y otras cosas que á los médicos como yo parecen menudencias, y no son sino noticias muy interesantes para los verdaderos facultativos.

No lo hacia yo así con los ricos y sugetos distinguidos, pues hasta se enfadaban con mis dilaciones y con las monerías que usaba, para afectar que me interesaba demasiado en su salud; pero ¿qué otra cosa habia de hacer cuando no habia aprendido más de mi famoso maestro el doctor Purgante?

Sin embargo de mi ignorancia, algunos enfermos sanaban por accidente; aunque eran mas sin comparacion los que morian por mis mortales remedios. Con todo esto no se minoraba mi crédito por tres razones: la primera, porque los mas que morian eran pobres, y en estos no es notable ni la vida ni la muerte. La segunda, porque ya habia yo eriado fama, y así me echaba á dormir sin cuidado, aunque matara mas tultecos que sarracenos el Cid; y la tercera, y que mas favorece á los médicos, era: porque los que sanaban ponderaban mi habilidad; y los que se morian no podian quejarse de mi ignorancia: con lo que yo lograba que mis aciertos fueran públicos y mis erradas las cubriera la tierra; bien que si me su-

cede lo que á Andrés, seguramente se acaba mi bonanza antes de tiempo.

Fué el caso: que desde ántes que llegáramos á Tula, ya el cura, el subdelegado y demás personas de la plana mayor, habian encargado á sus amigos, que les enviaran un barbero de México. Luego que experimentaron la áspera mano de Andrés, insistieron en su encargo con tanto empeño que no tardó mucho en llegar el maestro Apolinario, que en efecto estaba examinado y era instruido en su facultad.

Andrés luego que lo conoció y lo vió trabajar, le tuvo miedo y con más juicio y viveza que yo, un día lo fué á ver y la contó su aventura lisa y llanamente, diciéndole, que él no era sino aprendiz de barbero: que no sabia nada: que lo que hacia en aquel pueblo era por necesidad: que él deseaba aprender bien el oficio, y que si se lo queria enseñar, se lo agradecería y lo serviría en lo que pudiera.

Esta súplica la acompañó con el estuche que habia yo comprado, con el que se dió por muy grangeado el maestro Apolinario, y desde luego le ofreció á Andrés tenerlo en su casa, mantenerlo y enseñarle el oficio con eficacia y lo mas presto que pudiera.

A seguida le preguntó ¿qué tal médico era yo? A lo que Andrés le respondió: que á él le parecia que muy bueno, y que habia visto hacer unas curaciones prodigiosas.

Con esto se despidió del barbero para ir á hacer la misma diligencia conmigo, pues me dijo todo lo que habia pasado y su resolucion de apren-

der bien el oficio, porque al cabo, señor, yo conozco que soy un bruto: este otro es maestro de veras, y así ò la gente me quita de barbero no ocupándome, ó me quita él pidiéndome la carta de exámen, y de cualquier manera yo me quedo sin crédito, sin oficio y sin qué comer; así he pensado irme con él, á bien de que ya su merced tiene mozo.

Algo extrañaba yo á Andrés, pero no quise quitarle de la cabeza su buen propósito; y así pagándole su salario y gratificándole con seis pesos le dejé ir.

En esos dias me llamaron de casa de un viejo reumático, á quien le di segun mi sistema, seis ó siete purgas, le estafé veinticinco pesos, y lo dejé peor de lo que estaba.

Lo mismo hice con otra vieja hidrópica, á la que abrevié sus dias con seis onzas de ruibarbo maná, y dos libras de cebolla albarrana.

De estas gracias hacia muy á menudo, pero vulgo ciego habia dado en que yo era buen médico, y por mas gritos que les daban las campanas, no despertaban de su adormecimiento.

Llegó por fin el dia aplazado por el subdelegado para oirme disputar con el cura, y fué el 2 de Agosto, pues con ocasion de haber ido yo á darle los dias por ser el de su santo, me detuvo á comer con mil instancias, las que no pude desairar.

Bien advertí que toda la corte estaba en su sitio, sin faltar el padre cura; pero no me di por entendido de que sabia lo que hablaba de mí; así

fecho en que, por mucho que él supiera, no habia de tener de medicina las noticias que yo.

Con este nécio orgullo me senté á la mesa luego que fué hora, y comí y brindé á la salud del caballero subdelegado en compañía de aquellos señores repetidas veces, haciendo reir á todos con mis pedanterías; menos al cura que se tostaba de estas cosas.

El subdelegado estaba bien quisto; con esto la mesa estaba llena de los principales sugetos del pueblo con sus señoras. La prevencion era franca, los platos muchos y bien sazonados. Se menudeaban los brándis y los vivas; los vasos no estaban muy seguros por los frecuentes coscorrones que llevaban con los tenedores y cuchillos, y las cabezas se iban llenando del tufo de las uvas.

A este tiempo fué entrando el gobernador de indios con sus oficiales de república, prevenidos de tambor, chirimas, y de dos indios cargados con gallinas, cerdos y dos carneritos.

Luego que entraron, hicieron sus acostumbradas reverencias besando á todos las manos, y el gobernador le dijo al subdelegado: señor mayor, que los pase su mercé muy felices en compañía de estos señores, para amparo de este pueblo.

Inmediatamente le dió el xóchil, que es un ramillete de flores, en señal de su respeto, y un papel mal picado y pintado, con un al parecer verso.

Todo el congreso se alborotó, y se trató de que se leyera públicamente. Uno de los padres vicarios se prestó á ello y guardando todos un perfecto silencio, comenzó á leer el siguiente

## SUÑETO.

Los probes hijos del pueblo  
 Con prósperas alegrías,  
 Te lo venimos á dar los días,  
 Con carneros y cochinos.  
 Recibálosté placenteros  
 Con interés to mercé  
 Como señor justiciero,  
 Perdonando nuestro afeuto  
 Las faltas de este suñeto  
 Porque los vivas mil años  
 Y despues su gloria eternamente.

Todos celebraron el «suñeto» repitiendo los vivas al subdelegado, y los repiques en los platos y vasos, mezclados con empinar la copa, unas más, otros menos, según su inclinación.

El señor cura llenó un vasito y se lo dió al gobernador diciéndole: toma, hijo, á la salud del señor subdelegado; quien mandó que en la mesa inmediata, se diese de comer al señor gobernador y á la república.

Tomó éste su vasito de vino: se repitió el brindis y algazara en la mesa, aumentando el alboroto el desagradable ruido del tambor y chirimía

## "ALFONSO REYES"

que ya nos quebraba las cabezas, hasta que quiso Dios que llamaran á comer á aquella familia.

Luégo que se retiraron los indios, comenzaron todos á celebrar el «suñeto» que andaba de mano en mano; pero con disimulo, porque no lo advirtieran los interesados.

Con este motivo fué rodando la conversacion de discurso en discurso, hasta tocarse sobre el origen de la poesía, asunto que una señorita nada lerda pidió á un vicario, que tenía fama de poeta, que lo explicara, y éste sin hacerse del rogar dijo: señorita, lo que yo sé en el particular es, que la poesía es antiquísima en el mundo. Algunos fijan su origen en Adán, añadiendo que «Jubál» hijo de Lamech, fué el padre de los poetas, fundando su opinion en un texto de la Escritura que dice: que «Jubál fué el padre de los que cantaban con el órgano y la cítara,» porque los antiguos bien conocieron que eran hermanas la música y la poesía; y tanto, que hubo quien escribiera que Osiris rey de Egipto, era tan aficionado á la música que llevaba en su ejército muchas cantoras, entre las que sobresalieron nueve, á quienes los griegos llamaron «musas» por antonomasia.

Lo cierto es, que por la historia mas antigua del mundo, que es la de Moisés, sabemos que los hebreos poseyeron este arte divino ántes que ninguna nacion. Despues del diluvio renació entre los egipcios, caldeos y griegos. De estos, los últimos la cultivaron con mucho empeño, y fué propagándose por todas las naciones según su genio, clima ó aplicacion. De manera que no tenemos

noticia que haya habido en el mundo ninguna por bárbara que haya sido, que no haya tenido no solo conocimiento del arte poética, sino á veces poetas excelentes. En tiempo del paganismo de esta América, conocieron los indios este arte sublime y el de la música: tenían sus danzas ó mitotes en las que cantaban sus poemas á sus dioses, y aun hubo entre ellos tan elegantes poetas, que uno sentenciado á muerte compuso la víspera del sacrificio un poema tan tierno y tan patético, que cantado por él mismo fué bastante á eternecer al juez que lo escuchaba y á obligarlo á revocar le sentencia: que vale tanto como decir que era tan buen poeta, que con sus versos se redimió de la muerte y se prolongó la vida. Este caso nos lo refiere el caballero Boturini en su «Idea de la historia de las Indias.

Es cierto que aunque no hasta el punto de eternecer á un tirano, lo que es mucho; pero es cosa muy antigua y sabida lo que influye la poesía en el corazón humano, y mas acompañada de la música. Por eso para confirmacion de esta verdad, se cuenta en la fábula que Orfeo venció y amansó leones, tigres y otras fieras, y que Amfion reedificó los muros de Tebas, ambos con el canto, la oitara y la lira, para significar que era tan soberano el poder de la música y la poesía, que ellas solas bastaron para reducir á la vida civil hombres salvages, feroces y casi brutos.

A fé que no hará otro tanto, dijo el subdelegado, el autor de nuestro «suffeto,» aunque se acompañara para cantarlo con la dulce música el tambor ó chirimia. Rióse la faceta del sub-

delegado, y éste queriendo oirme disparar por ver enojado al cura, me dijo: ¿que dice vd., señor doctor, de estas cosas?

Yo queria quedar bien y dar mi voto en todo aun en lo que no entendía, habiendoseme olvidado las lecciones que el otro buen vicario me dió en la hacienda, pero no sabia palabra de cuanto se acababa de hablar. Sin embargo, venció mi vanidad á mi propio conocimiento, y con mi acostumbrado orgullo y pedanteria dije: no hay duda en que se ha hablado muy bien; pero la poesía es mas antigua de lo que el señor Vicario ha dicho, pues á lo mas que la ha hecho subir es hasta Adán, y yo creo que antes que hubiera Adán ya habia poetas.

Escandalizáronse todos con este desatino y mas que todos el cura, que me dijo: ¿cómo podia haber poetas sin haber hombres? Sí señor, le respondí muy sereno; pues ántes que hubiera hombres hubo ángeles, y estos luego que fueron criados entonaron himnos de alabanzas al Criador, y claro está que si cantaron fué en verso; porque en prosa no es comun cantar; y si cantaron versos, ellos los compusieron, y si los compusieron los sabian componer, y si los sabian componer eran poetas. Conque vean vds. si la poesía es mas antigua que Adán.

El cura al oír esto, no mas meneó la cabeza y no me replicó una palabra: de los demás, unos se sonrieron y otros admiraron mi argumento, y mas cuando el subdelegado prosiguió diciendo: no hay duda, no hay duda: el doctorcito nos ha convenido y nos ha enseñado un retazo de erudicion

admirable y jamás oído. ¡Vean vds. cuánto se ha calentado la cabeza los anticuarios por indagar el origen de la poesía, fijándolo unos en Juba!, otros en Débara, otros en Moisés, otros en los Caldeos, otros en los Egipcios, en los Griegos otros, y todos permaneciendo tenaces en sus sistemas sin poder convenir en una cosa, y el doctor D. Pedro nos ha sacado de esta confusa Babilonia tirando la barra cien varas mas allá de los mejores anticuarios ó historiadores, y ensalzándola sobre las nubes, pues la hace ascender hasta los ángeles. Vaya, señores, brindemos esta vez á la salud de nuestro doctorcito. Diciendo esto, tomó la copa y todos hicieron lo mismo, repitiendo á su imitación: viva el médico erudito.

Ya se deja entender que en este brindis no faltó el palnoteo ni el acostumbrado repique de los vasos, platos y tenedores. Mas ¿quién creará, hijos míos, que fuera yo tan necio y tan bárbaro que no advirtiera que toda aquella bulla no era el eco adulator de la irónica mofa del subdelegado? Pues así fué. Yo bebí mi copa de vino muy satisfecho. . . ¿qué digo? Muy hueco, pensando que aquello no era una solemne burla de mi ignorancia, sino un elogio digno de mi mérito.

¿Y qué pensais, hijos míos, que solo vuestro padre, en una edad que aun frisaba con la de muchacho, se pagaba de su opinion tan caprichosamente? ¿Creis que solo yo y solo entonces perdonaba la mofa de los sábios suponiéndola alabanza y merced de la propia ignorancia y fanatismo? Pues no, pedazos míos, en todos tiempos y en todas edades, ha habido hombres tan necios y presun-

dos como yo, que pagados de sí mismo han pensado que solo ellos saben, que solo ellos aciertan, y que los arcanos de la sabiduría solamente á ellos se les descubren. ¡Ay! No sé si cuando leais mi vida con reflexion se habrá acabado esta plaga de tontos en el mundo; pero si por desgracia durare; os advierto que observéis con cuidado estas lecciones: hombre caprichoso, ni sabio ni bueno, hombre dócil, pronto á ser bueno y á ser sabio; hombre hablador y vano, nunca sabio; hombre callado y humilde que sujete su opinion á la de los que saben mas, es bueno de positivo, esto es, es hombre de buen corazon, y está con bella disposicion para ser sabio algun dia. Cuidado con mis disgresiones que quizá son las que mas os importan.

El subdelegado, viendo mi serenidad, prosiguió diciendo: doctorcito, segun la opinion de vd. y la del padre vicario la poesía es una ciencia ó arte divino; pues habiendo sido infusa á los ángeles ó á los hombres, porque los primeros ni los segundos no tuvieron de quien imitarla, claro es que solo el Autor de lo criado pudo infundirla; y en este caso díganos vd. ¿por qué en unas naciones son mas comunes los poetas que en otras, siendo todas hijas de Adán? Porque no hay remedio, entre los italianos si no abundan los mejores poetas, á lo menos abundan los mas fáciles como son los improvisadores; gente prontísima que versifica repente y acaso multitud de versos.

Vine atacado con esta pregunta, pues yo no sabia disolver la dificultad, y así huyéndole el cuerpo respondí: señor subdelegado, no entro en

el argumento porque la verdad no creo que haya habido, ni pueda haber semejantes poetas repentinos ó improvisadores como vd. les llama. Por tanto sería menester convercerme de su realidad para que entráramos en disputa, pues «prius esse quam taliter esse:» primero es que exista la cosa, despues que exista de este ó del otro modo.

Pues en que ha habido poetas improvisadores especialmente en Italia no cabe duda, dijo el cura y aun yo me admiro como una cosa tan sabida pudo haberse escondido á la erudicion del señor doctor. Esta facilidad de versificar de repente es bien antigua, Ovidio la confiesa de si mismo, y llega á decir que cualquier cosa que hablaba decia en verso, esto al mismo tiempo que procedia no hacerlos. 1 Yo he leído lo que dice Pato Jovio del poeta Camilo Cuerno, célebre improvisador que disfrutó por esta habilidad bastante satisfacción con el Papa Leon X. Este poeta estaba en pié junto á una ventana diciendo versos repentinos mientras comia el Pontífice, y tanto lo que este se agradaba de la prontitud de su vena, que él mismo le alargaba los platos que comia, haciéndole beber de su mismo vino solo con la condicion de que habia de decir versos lo menos sobre cada asunto que se le pusiera. De un niño que apenas sabia escribir refiere el P. Calasanz en su «Discernimiento ingenios,» que tomaba cualquier pié que le daba

1 Scribere conavar verba soluta modis.  
Sponte sua carmen numeros veniebat ad aptos.

de repente, y á veces con tal argudeza que pasma á los adultos sábios.

De estos ejemplares de poetas improvisadores pudieran citarse varios; pero ¿para qué nos hemos de cansar cuando todo el mundo sabe que en este mismo reino floreció uno á quien se conoció por el «Negrito Poeta,» y de quien los viajeros nos refieren prontitudes admirables?

Cuéntenos vd. señor cura, dijo una niña, algunos versos del Negrito Poeta. Se le atribuyen muchos, dijo el cura: en todo tiene lugar la ficcion; pero por darle á vd. gusto referiré dos ó tres de los que sé que son ciertamente suyos, segun me ha contado un viejo de México. Oigan vdes.

Entró una vez nuestro negro en una botica donde estaba un boticario ó médico hablando con un cura acerca de los cabellos, y á tiempo que entró le decia: «los cabellos penden de...» El cura que conocia al poeta, por excitar su habilidad le dijo: negrito, tienes un peso como troves esto que acaba de decir el señor, á saber: «los cabellos penden de.» El negrito con su acostumbrada prontitud dijo:

Ya ese peso lo gané  
Si mi saber no se esconde:  
Quítese usted; no sea que  
Una viga caiga, y donde  
*Los cabellos penden, dè.*

Esto fué muy público en México. Se le dió el mismo pié para que lo trovara á la madre Sor Juana Inés de la Cruz, religiosa gerónima, célebre ingenio, y poetisa famosa en su tiempo, que

mereció el epíteto de la Décima Musa de Apolo pero la dicha religiosa no pudo encontrarlo y se disculpó muy bien en unas redondillas, y elogió la facilidad de nuestro poeta. (1)

En otra ocasión pasando cerca de él un escribano con un alguacil, se le cayó al primero un papel: lo alzó el segundo, y le preguntó el escribano ¿que era? El alguacil respondió, que un testimonio, y el negro prontamente dijo:

¿No son artes del demonio  
Levantar cosa tan vil?  
¿Pero cuándo un alguacil  
No levanta un testimonio?

Otra ocasión entró á una casa donde estaba

1 Por no ser muy comunes las obras de Sor Juana, se pone aquí su contestación, que está en el tomo 2 de sus obras. | E.

Señora, aquí el primer pié  
Es nota de posesivo,  
Y es inglosable; porque  
Al caso de genitivo  
Nunca se pospone el *de*.  
Y así el que agustata Quinti-  
lla hizo y quedó usua-  
no, pues tiene buena ma-  
no, glose esta redondi-  
lla-no el sentido no topo,  
Y no hay falta en el primer;  
Porque es pedir á un pintor  
Que copie con un hisopo.  
Cualquier facultad enseña,  
Si es el medio desconforme;  
Pues no hay músico que forme  
Armonía en una peña.  
Perdonad, si fuera del  
Asunto ya desvario  
Porque no queda vacío  
Este campo de papel.

sobre una mesa una imagen de la Concepción. . . Vayan vds. teniendo cuidado qué cosas tan disímboles había. Una imagen de la Concepción. un cuadro de la Santísima Trinidad, otro de Moisés mirando arder la zarza, unos zapatos y unas cucharas de plata. Pues señores el dueño de la casa, dudando de la facilidad del negro, le dijo que como todas aquellas cosas las acomodara en una estrofa de cuatro piés le daría las cucharas. No fué menester mas para que el negro dijera:

Moisés para ver á Dios  
Se quitó las antiparras;  
Virgen de la Concepción,  
Que me den estas cucharas.

Ningun concepto ni agudeza se advierte en este verso; pero la facilidad de acomodar en él tantas cosas inconexas entre sí, y con algun sentido no es indigna de alabanza.

Por último, la hora de la muerte sabemos que no es hora de chanzas, pues en la de nuestro poeta manifestó este lo genial que le era hacer versos, porque estando auxiliándolo un religioso agustino, le dijo:

Ahora sí tengo por cierto  
Que la muerte viene al trote:  
Pues siempre va el *xopilote*  
En pos del caballo muerto.

Hemos de advertir que este pobre negro era un vulgarísimo sin gota de estudios ni erudición.

He oído asegurar que ni leer sabia. Conque si en medio de las tinieblas de tanta ignorancia prorrumpia en semejantes y prontas agudezas en verso, ¿qué hubiera hecho si hubiera logrado la instruccion de los sábios, como por ejemplo, la del señor doctor que está presente?

Buena sea la vida de vd. señor cura, le respondí. En esto se acabó la comida y se levantaron los manteles quedándonos todos platicando sobre mesa, sin dar gracias á Dios porque ya en aquella época comenzaba á no usarse; pero el subdelegado, á quien se le quemaban las habas por vernos enredar á mí y al cura en la cuestion de medicina, me dijo: ciertamente que yo deseaba oír hablar á vd. y al señor cura sobre la facultad médica; porque la verdad nuestro párroco es opuestísimo á los médicos.

No debe serlo, dije yo medio alterado; porque el señor cura debe saber que Dios dice: que él crió la medicina de la tierra, y que el varon prudente no debe aborrecerla. *Dominus creavit de terra medicinam, et vir prudens non aborreat eam.* Dice tambien: que se honre al médico por la necesidad. *Honora medicum propter necessitatem.* Dice. . . Basta, dijo el cura: no nos amontone vd. textos que yo entiendo. Catorce versículos trae el capítulo 38 del Eclesiástico en favor de los médicos; pero el décimo quinto dice: «que el que delinquieré en la presencia del Dios que lo crió, caerá en las manos del médico.» Esta maldicion no hace mucho honor á los médicos, ó á lo menos á los médicos malos.

Muy bien sé que la medicina es un arte muy

dificil: sé que el aprenderla es muy largo: que la vida del hombre aun no basta: que sus juicios son muy falibles y dificultosos: que sus experimentos se ejercitan en la respetable vida de un hombre: que no basta que el médico haga lo que está de su parte, si no ayudan las circunstancias, los asistentes y el enfermo mismo en cuanto les toca, sé que esto no lo digo yo sino el príncipe de la medicina, aquel sábio de la Isla de Coo aquel griego Hipócrates, aquel hombre grande y sensible cuya memoria no perecerá hasta que no haya hombres sobre la tierra, aquel filántropo que vivió cerca de cien años y casi todos ellos los empleó en asistir á los míseros mortales: en indagar los vicios de la naturaleza enferma: en solicitar las causas de las enfermedades y la eficacia y eleccion de los remedios, y en aplicar su speculation y su práctica al objeto que se propuso, que fué procurar el alivio de sus semejantes. Sé todo esto, y sé que antes de él los míseros pacientes destituidos de todo auxilio, se exponian á las puertas del templo de Diana en Efeso y allí iban to o, los veían, se compadecian de ellos y les mandaban lo que se les ponía en la cabeza. Sé que los remedios que probaban para tal ó tal enfermedad se escribian en unas tablas que se llamaban de las medicinas: sé que el citado Hipócrates despues de haber cursado las escuelas de Atenas treinta y cinco años, desde la edad de catorce, y despues de haber aprendido lo que sus médicos enseñaban, no se contentó, sino que anduvo peregrinando de reino en reino, de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, hasta que

encontró estas tablas, y con ellas y con sus repetidas observaciones hizo sus célebres aforismos: sé que despues de estos descubrimientos se hizo la medicina un estudio de interés y de venalidad, y no como antes que se hacia por amistad del género humano.

Todo esto sé y mucho mas que no refiero por no cansar á los que me oyen; pero tambien sé que ya en el dia no se escudriña el talento necesario que se requiere para ser médico, sino que el que quiere se mete á serlo aunque no tenga las circunstancias precisas: sé que en cumpliendo los cursos prescritos por la Universidad, aunque no hayan aprovechado las lecciones de los catedráticos, y en cumpliendo el tiempo de práctico, ganando tal vez una certificacion injusta del maestro, se reciben á exámen, y como no tengan los examinadores á su favor, ó la fortuna de responder con tino á las preguntas que les hagan, aun en el caso de procederse con toda legalidad, como lo debemos suponer en tales actos, se les da su carta de exámen, y con ella la licencia de matar á todo el mundo impunemente.

Esto sé, y sé tambien que muchos médicos no son como deben ser, esto es, no estudian con tizon, no practican con eficacia, no observan con escrupulosidad, como debieran, la naturaleza: se olvidan de que la academia del médico y su mejor biblioteca está en la cama del enfermo mas bien que en los dorados estantes, en los muchos libros y en el demasiado laje; y mucho menos en la ridicula pedanteria con que ensartan textos,

autoridades y latines delante de los que no los entienden.

Sé que el buen médico debe ser buen fisico, buen químico, buen botánico y anatómico; y no que yo veo que hay infinidad de médicos en el mundo que ignoran cómo se hace y qué cosa es, por ejemplo, el sulfato de sosa, y lo ordenan como específico en algunas enfermedades en que precisamente es pernicioso: que ignoran cuáles son y cómo las partes del cuerpo humano, la virtud ó veneno de muchos simples, y el modo con que se descomponen ó simplifican muchas cosas.

Sé tambien que no puede ser buen médico el que no sea hombre de bien, quiero decir, el que no esté penetrado de los más vivos sentimientos de humanidad ó de amor á sus semejantes; porque un médico que vaya á curar únicamente por interés del peso ó la peseta, y no con amor y caridad del pobre enfermo, seguramente éste debe tener poca confianza: y lo cierto es que por lo comun así sucede.

Los médicos cuando se examinan juran asistir por caridad, de balde y con eficacia á los pobres: ¡y qué vemos! Que cuando éstos van á sus casas á consultarles sobre sus enfermedades sin darles nada, son tratados á poco más ó menos; pero si son los enfermos ricos y mandan llamar á su casa los médicos, entónces éstos van á visitarlos con prontitud, los curan con cuidado, y á veces este cuidado suele ser con tal atropellamiento (si no hay implicacion en estas palabras), que con él mismo matan á los enfermos.

## CAPITULO III.

En el que nuestro Perico cuenta cómo concluyó el cura su sermón la mala mano que tuvo en una peste y el endiablado modo con que salió del pueblo, tratándose en dicho capítulo por vía de intermedio algunas materias curiosas.

No se crea, señores, continuó el cura, que yo trato de poner á los médicos en mal. La medicina es un arte celestial de que Dios proveyó al hombre: sus dignos profesores son acreedores á nuestras honras y alabanzas; pero cuando estos no son tales como deben de ser, los vituperios cargan sobre su ineptitud y su interés; nó sobre la utilidad y necesidad de la medicina y sus sa-

bios profesores. El médico docto, aplicado y caritativo, es recomendable; pero el necio, el venal y que se acogió á esta facultad para buscar la vida, por no tener fuerzas para dedicarse al «mecapal», es un hombre odioso y digno de reputarse por un asesino del género humano con licencia, aunque involuntaria, del Protomedicato.

A médicos como estos desterraron de muchas provincias de Roma y otras partes, como si fueran pestes, y en efecto, no hay en un pueblo peste peor que un mal médico. Mejor sería muchas veces dejar al enfermo en las sabias manos de la naturaleza, que encomendarlo á las de un médico tonto é interesable.

Pero yo no soy de esos: dije yo algo avergonzado porque todos me miraban y se sonrieron. Ni yo lo digo por usted, respondió el cura, ni por Sancho, Pedro ni Martin; mi crítica no determina persona, ni jamás acostumbro á tirar á ventana señalada. Hablo en común y solo contra los médicos empíricos y charlatanes que abusan de un arte tan precioso y necesario de que nos proveyó el Autor de la naturaleza para el socorro de nuestras dolencias. Si vd. ó algun otro que oiga hablar de esta manera, se persuade á que se dice por él, será señal de que su conciencia lo acusa, y entonces, amigo, al que le venga el saco, que se lo ponga en hora buena. Bien es verdad que eso mismo que vd. dice, de que no es de esos, lo dicen todos los «chambones» de todas las facultades, y no por eso dejan de serlo.

Pues no señor, le interrumpí: yo no soy de esos: yo sé mi obligación y estoy examinado y aproba-

do *nemine discrepante*, "con todos los votos," por el real Protomedicato de México: no ignoro que las partes de la medicina son: Fisiología, Patología, Semeiótica y Terapéutica: sé la estructura del cuerpo humano: cuáles se llaman fluidos, cuáles sólidos: sé lo que son huesos y cartilagos, cuál es el cráneo y que se compone de ocho partes: sé cuál es el hueso occipital; la dura mater y el frón-tis: sé el número de las costillas, cuál es el es'er-nón, los omóplatos; el coxix, las tibias: sé qué cosa son los intestestinos, las venas; los nervios, los músculos, las arterias, el tejido celular, y el epí-dermis: sé cuántos y cuáles son los humores del hombre, como la sangre, la bllis, la fíema, el chí-lo y el gástrico: sé lo que es la linfa y los espí-ritus animales, y cómo obran en el cuerpo sano y cómo en el enfermo; conozco las enfermedades con sus respectivos nombres griegos, como el ascitis, la anasarca, la hidrophobia, el saratán, la pleure-sia, el mal venéreo, la clorósis, la caquexia, la podagra, el parafrenitis, el priapismo, el paroxis-mo, y otras mil enfermedades que el necio vulgo llama hidropesía, rabia, gálico, dolor de costado, gota y demás simplezas que acostumbra: conozco la virtud de los remedios sin necesitar saber cómo los hacen los boticarios y los químicos, los sim-ples de que se componen ni el modo como obran en el cuerpo humano, y así sé los que son febrifugos, astringentes, antiespasmódicos, aromáticos, diuréticos, errinos, narcóticos, pectorales, purgan-tes, diaforéticos, vulnerarios, antivenéreos, emo-tóicos, estimulantes, vermífugos, laxantes, cáus-ticos, y anticólicos; sé. . . Ya está, señor doctor,

decía el cura muy apurado, ya está por amor de Dios, que eso es mucho saber, y yo maldito lo que entiendo de cuanto ha dicho. Me parece que he estado oyendo hablar à Hipócrates en su idioma; pero lo cierto es que con tanto saber despachó en cuatro dias à la pobre vieja hidrópica tia Petronila, que algunos años hace vivía con su *hay! hay!* Antes que usted viniera, y despues que vd. vinc, le aligeró el paso à fuerza de pur-gantes muchos, muy acres, y en excesivas dósis, lo que me pareció una heregía médica, pues la debilidad en un viejo es cabalmente un contraindi-can'e de purgas y sangrías. Motivo fué este para que el otro pobre gotoso ó reumático no quisiera que vd. acabara de matarlo.

Con tanto saber, amigo, vd. me va despoblan-do la feligresía sin sentir, pues desde que está aquí he advertido que las cuentas de mi parro-quia han subido un cincuenta por ciento; y aun-que otro cura mas interesable que yo, daría à vd. las gracias por la multitud de muertos que despacha, yo no, amigo: porque amo mucho à mis feligreses, y conozco que à dura tiempo, vd. me quita de cura, pues acabada que sea la gente del pueblo y sus visitas, yo seré cura de casas vacias y campos incultos. Conque vea vd. cuánto sabe, pues aún resultándome interés me pesa de su saber.

Riéronse todos à carcajadas con la ironía del cura, y yo incómodo de esto, le dije ardiéndome las orejas: señor cura, para hablar es menester pensar y tener instruccion en lo que se habla. Los casos que vd. me ha recerdado por burla son

comunes; á cada paso acaece que el mas ruin enfermo se le muere al mejor médico. ¿Pues qué piensa vd. que los médicos son dioses que han de llevar la vida á los enfermos? Ovidio en el libro primero del Ponto dice: "que no siempre está en las manos del médico que el enfermo sane, y que muchas veces el mal vence á la medicina."

Non est in medico semper relevetur ut aeger;  
Interdúm doctá plus valet arte malum.

El mismo dice que "hay enfermedades incurables que no sanarán si el propio Esculapio les aplica la medicina," y harán resistencia á las aguas termales mas específicas, tales como aquí las aguas del Peñon ó Atotonilco, y una de esas enfermedades es la epilepsia. Oigan vdes. sus palabras.

"Afferrat ipse licet sacras Epidaurius herbas  
Sanavit nulla vulnera cordis ope."

En vista de esto admírese vd. señor cura, de que se me mueran algunos enfermos, cuando á los mejores médicos se les mueren. No faltaba mas sino que los hombres quisieran ser inmortales solo con llamar al médico.

Que el viejo gotoso no quisiera continuar conmigo, nada prueba sino que conoció que su enfermedad es incurable, pues como dijo Ovidio, *loco citato* "la gota no la cura la medicina."

"Tollere nodosam necit medicina podagam."

Yo soy el loco, dijo el cura, y el majadero, y el mentecato en querer conferenciar con vd. de estas cosas,

Vd. dice muy bien, señor licenciado, dije yo; si lo dice con sinceridad. En efecto, no hay mayor locura que disputar sobre lo que no se entiende. *Quod medicorum est promittunt medici, tractant fabrilis fabri*, decia Horacio en la ep. I. del lib. I. Señor cura, dispute cada uno de lo que sepa, hable de su profesion y no se meta en lo que no entiende, acordándose de que el teologo hablará bien de teología, el canonista de cánones, el medico de medicina, los artesanos de lo tocante á su oficio, "el piloto de los vientos, el labrador de los bueyes," y así todos.

"Navita de ventis, de bobus narret arator."

Se acabó de incomodar el cura con esta impolítica reprension, y parándose del asiento, alzándose el birrete y dando una palmada en la mesa, me dijo: poco á poco, señor doctor, ó señor charlatán: advierta vd. con quién habla, en qué parte, cómo y delante de qué personas. ¿Ha pensado vd. que soy algun "topile," ó algun barbajan para que se altere conmigo de ese modo, y quiera regañarme como á un muchacho? ¿O cree vd. que porque lo he llevado con prudencia me falta razon para tratarlo como quien es, esto es, como á un loco, vano, pedante, y sin educacion? Si señor no pasa vd. de ahí ni pasará en el concepto de los juicios por mas latines y mas despropósitos que diga. . . .

El subdelegado y todos, cuando vieron al cura enojado trataron de serenarlo y yo no teniendo las todas conmigo porque á las voces salieron todos los indios que ya habian acabado de comer,

le dije muy fruncido: señor cura, vd. dispense que si erré fué por inadvertencia y no por impolítica, pues debía saber que vds. los señores curas y sacerdotes siempre tienen razón en lo que dicen y no se les puede disputar; y así lo mejor es callar y no ponerse con Sansón á las patadas. *Ne contentas cum potentioribus*, dijo quien siempre ha hablado y hablará verdad.

Veán ustedes, decía el cura: si yo no estuviera satisfecho de que el señor doctor habla sin reflexión lo primero que se le viene á la boca, esta era mano de irritarse más; pues lo que da á entender es que los sacerdotes y curas á título de tales, se quieren siempre salir con cuanto hay, lo que ciertamente es un agravio no solo á mí, sino á todo el respetable clero; pero repito que estoy convencido de su modo de producir, y así es preciso disculparlo y desengañarlo de camino; y volviéndose á mí, me dijo: amigo, no niego que hay algunos eclesiásticos que á título de tales quieren salirse con cuanto hay, como vd. ha dicho; pero es menester considerar que estos no son todos, sino uno ú otro imprudente que en esto ó en cosas peores manifiestan su poco talento, y acaso vilipendian su carácter; mas este caso, fuera de que no es extraño, pues en cualquiera corporación por pequeña y lucida que sea, no falta un discolor, no debe servir de regla para hablar atropelladamente de todo el cuerpo.

Que hay algunos individuos en el mio, como los que vd. dice, he confesado que es verdad, y añadido que si sostienen ó pretenden sostener un error conociéndolo, solo porque son padres, ha-

cen mal, y si ultrajan á algun secular no por un acto primo ni acaloradas por alguna grosería que se use con ellos, sino solo engreídos en que el secular es cristiano y ha de respetar su carácter á lo último, hacen muy mal, y son muy reprehensibles, pues deben reflexionar que el carácter no los escusa de la observancia de la leyes que el órden social prescribe á todos.

Vd. y los señores que me oyen conocerán por esto, que yo no me atengo á mi estado para faltar al respeto á ninguna persona, como bien lo saben los que me han tratado y me conocen. Si me he excedido en algo con vd., dispenseme, pues lo que dije fué provocado por su inadvertida reprensión, y reprensión que no cae sobre yerro alguno, porque yo cuando hablo alguna cosa procuro que me quede retaguardia para probar lo que digo; y si no, manos á la obra. Entre varias cosas dije á vd. me acuerdo, que hablaba cosas que no entendia lo que eran (esto se llama pedantismo.) Es mi gusto que me haga vd. quedar mal delante de estos señores, haciéndome favor de explicar: nos qué parte de la medicina es la *semeiotica*: cuál es el humor *gástrico* ó el *pancreático*: qué enfermedad es el *priapismo*. cuáles son las *glándulas del mesenterio*. qué especies hay de *cefalalgias*, y qué clase de remedios son los *emotocicos*, pero con la advertencia de que yo lo sé bien, y entre mis libros tengo autores que lo explican bellamente, y puedo enseñárselos á estos señores en un minuto; y así vd. no se exponga á decir una cosa por otra, fiado en que no lo entiendo, pues aunque no soy médico, he sido muy curioso

y me ha gustado leer de todo; en una palabra, he sido aprendiz de todo y oficial de nada. Conque así, vamos á ver; si me responde vd. con tino á lo que le pregunto, le doy esta onza de oro para polvos; y si no, me contentaré con que vd. confiese que no soy de los clérigos que sostengo una disputa por clérigo, sino porque sé lo que hablo y lo que disputo.

La sangre se me bajó á los talones con la proposicion del cura, porque yo maldito lo que entendia de cuanto habia dicho, pues solamente aprendí esos nombres bárbaros en casa de mi maestro, fiado en que con saberlos de memoria y decirlos con garbo, tenia cuanto habia menester para ser médico, ó á lo menos para parecerlo; y así no tuve mas escape que decirle: señor cura, vd. me dispense; pero yo no trato de sujetarme á semejante exámen; ya el Protomedicato me examinó y me aprobó como consta de mis certificaciones y documentos.

Está muy bien, dijo el cura, solo con que vd. se niegue á una cosa tan fácil me doy por satisfecho; pero yo tambien protesto no sujetarme á los médicos inhábiles ó que siquiera me lo parezcan. Si señor: yo seré mi médico como lo he sido hasta aquí: á lo menos tendré menos embarazos para perdonarme las erradas; y en aquella parte de la medicina que trata de conservar la salud y los facultativos llaman *higiene*, me contentaré con observar las reglas que la escuela Salernitana prescribió á un rey de la Gran Bretaña, á saber: poco vino, cena poca, ejercicio, ningun sueño meridiano, ó lo que llamamos siesta, vientre libre,

fuga de cuidados y pesadumbres, menos cóleras; á lo que yo añado algunos baños y medicinas las más simples, cuando son precisas, y cáteme vd. sano y gordo como me ve; porque no hay remedio, amigo, fuera el primero que me entregara á discrecion de cualquier médico si todos los médicos fueran como debian de ser; pero por desgracia se puede distinguir el buen medico del necio empirico y del curandero charlatan.

Todas las ciencias abundan en charlatanes; pero mas que ninguna la medicina. Un lego no se atreverá á predicar en un púlpito, á resolver un caso de conciencia en un confesionario, á defender un pleito en una audiencia; pero ¡qué digo! ¿Quién se atreverá sin ser sastre á cortar una casaca, ni sin ser zapatero á trazar unos zapatos? Nadie seguramente; pero para ordenar un medicamento ¿quién se detiene? Nadie tampoco. El teólogo, el canonista, el legista, el astrónomo, el sastre, el zapatero y todos somos médicos la vez que nos toca. Sí, amigo: todos mandamos nuestros remedios á Dios te la depare buena, sin saber lo que mandamos, solo porque los hemos visto mandar, ó porque nos hemos aliviado con ellos, sin advertir cuánto dista la naturaleza de unos á la de otros; sin saber los contraindicantes, y sin conocer que el remedio que lo fué para Juan es veneno para Pedro. Supongamos: en algunos géneros de apoplejías es necesaria y provechosa la sangría; pero en otros no se puede aplicar sin riesgo, v. gr. en una apoplética embarazada, pues es casi necesario el aborto.

El que no es médico no percibe estos inconve-

nientes: obra atolondrado y mata con buena intencion. No en balde las leyes de Indias prohiben con tanto empeño el ejercicio del empirismo. Lea vd. si gusta las 4 y 5 del lib. 5 tit. 6 de la Recopilacion, que tambien hablan de lo mismo: y aun médicos sabios (tales como Mr. Tissot en su *Aviso al pueblo*) declaman altamente contra los charlatanes.

Yo deseara que aquí se observara el método que se observa en muchas provincias del Asia con los médicos, y es, que estos han de visitar á los enfermos, han de hacer y costear las medicinas y las han de aplicar. Si éste sana, le pagan al médico su trabajo segun el ajuste; pero si se muere, se va el médico á buscar perros que espulgar.

Esta bella providencia produce los buenos efectos que le son consiguientes, como es que los médicos se apliquen y estudien, y que sean á un tiempo médicos, cirujanos, químicos, botánicos y enfermeros.

Y no me arrugue vd. las cejas, me decia el cura sonriéndose: algo ha habido en nuestra España que se parezca á esto. En el título de los físicos y los enfermos entre las leyes del fuero Juzgo se lee una en el lib. II, que dice: que el físico (esto es, el médico) capitule con los enfermos lo que le han de dar por la cura, y que si los cura le paguen, y si en vez de curar los empeora con sangrías, (se debe entender que con otro cualquier error) que él pague los daños que causó. Y si se muere el enfermo, siendo libre, queda el médico á discrecion de los herederos del difunto; y

si éste era esclavo le dé á su señor otro de igual valor que el muerto.

Yo conozco que esta ley tiene algo de violenta, porque ¿quién puede probar en regla el error de un médico, sin otro médico? ¿Y qué médico no haria por su compañero? Fuera de que, el hombre alguna vez ha de morir, y en este caso no era difícil que se le imputara al médico el efecto preciso de la naturaleza, y mas si el enfermo era esclavo, porque su amo querria resarcirse de la pérdida á costa del pobre médico; mas estas leyes no están en uso, y si me parece que lo está la práctica de los asiáticos que me gusta demasiado.

Ya el subdelegado y toda la comitiva estaban incómodos con tanta conversacion del cura, y así procuraron cortarla poniendo un monte de dos mil pesos, en el que (para no cansar á ustedes) se me arrancó lo que habia achocado, quedándome á un pan pedir.

A la noche estuvieron el baile y el refresco lucidos y espléndidos, segun lo permitia el lugar. Yo permanecí allí mas de fuerza que de gana despues que se me aclaró, y á las dos de la mañana me fui á casa, en la que regañé á la cocinera y le di de pescozones á mi mozo, imitando en esto á muchos amos necios é imprudentes que cuando tienen una cólera ó una pesadumbre en la calle, la van á desquitar á sus casas con los pobres criados, y quizá con las mujeres y con las hijas.

Así, así, y entre mal y bien, la continué pasando algunos meses más, y una ocasion que me

llamaron á visitar una vieja rica, mujer de un hacendero, que estaba enferma de fiebre, encontré allí al cura, á quien temia como al diablo; pero yo sin olvidar mi charlatanería, dije que aquello no era cosa de cuidado, y que no estaba en necesidad de disponerse; mas el cura que ya la habia visto y era mas médico que yo, me dijo: vea vd., la enferma es vieja, padece la fiebre ya hace cinco dias: está muy gruesa y á veces soporosa: ya delira de cuando en cuando, tiene manchas amaratas, que ustedes llaman *petequias*: parece que es una fiebre pútrida ó maligna: no hemos de esperar á que *cace moscas* ó esté *in agone* (agonizando) para sacramentarla. A mas de que, amigo, cómo podrá el médico descuidarse en este punto tan principal, ni hacer confiar al enfermo en una esperanza fugaz y en una seguridad de que el mismo médico carece! Sépase vd. que el Concilio de Paris del año de 1429, ordena á los médicos que exhorten á los enfermos que están de peligro, á que se confiesen ántes de darles los remedios corporales, y negarles su asistencia sino se sujetan á su consejo. El de Tortosa del mismo año prohíbe á los médicos hacer visitas seguidas á los enfermos que no se hayan confesado. El Concilio II de Letran de 1215, en el cánón 24 dice: que cuando sean llamados los médicos para los enfermos, deben aquellos ante todas cosas advertirles, se provean de médicos espirituales, para que habiendo tomado las precauciones necesarias para la salud de su alma, les sean mas provechosos los remedios en la curacion de su cuerpo.

Esto, amigo, (me decia el cura) dice la Iglesia por sus santos concilios; con que vea vd. qué se puede perder en que se confiese y sacramente nuestra enferma, y mas hallándose en el estado en que se halla.

Azorado con tantas noticias del cura le dije; señor, vd. dice muy bien, que se haga todo lo que vd. mande.

En efecto, el sabio párroco aprovechó los preciosos instantes, la confesó y sacramentó, y luego yo entré con mi oficio y le mandé cáusticos, friegas, sinapismos, refrigerantes y matantes porque á los dos dias ya estaba con Jesucristo.

Sin embargo, esta muerte, como los demás, atribuyó á que era mortal, que estaba de Dios, á la raya, á que le llegó su hora, y á otras mentecaterias semejantes, pues ni está de Dios que el médico sea atronado, ni es decreto absoluto, como dicen los teólogos, que el enfermo muera cuando su naturaleza puede resistir el mal con el auxilio de los remedios oportunos; pero yo entonces ni sabia estas teologías, ni me tenia cuenta saberlas. Despues he sabido, que si le hubiera ministrado á la enferma muchas lavativas emolientes, y hubiera cuidado de su dieta y su libre transpiracion, acaso probablemente no se hubiera muerto; pero entonces no estudiaba nada, observaba menos la naturaleza, y solo tiraba á estirar el peso, el toston ó la peseta, segun caia el penitente.

Así pasé otros pocos meses mas (que por todos serian quince ó diez y seis los que estuve en Tula) hasta que acaeció en aquel pueblo por mal de

mis pecados, una peste del diablo, que jamás supe comprender; porque les acometía á los enfermos una fiebre repentina, acompañada de basca y delirio, y en cuatro ó cinco dias tronaban.

Yo leia el Tissot, á Madama Fouquet, Gregorio López, al Buchan, el Vanegas y cuantos compendistas tenia á la mano: pero nada me valia, los enfermos morian á millaradas.

Por fin, y para colmo de mis desgracias segun el sistema del doctor Purgante, dí en hacer evacuar á los enfermos el humor pecante, y para esto me valí de los purgantes mas feroces, y viendo que con ellos solo morian los pobres extenuados, quise matarlos con cólicos que llaman «misereres», ó de una vez envenenados.

Para esto les daba mas que regulares dosis de tartaro emético, hasta la cantidad de doce granos, con lo que espiraban los enfermos con terribles ansias.

Por mis pecados, me tocó hacer esta suerte con la señora gobernadora de los indios. Le dí el tartaro, espiró, y á otro dia que iba yo á ver cómo se sentia, hallé lo casa inundada de indios, indias é inditos, que todos lloraban á la par.

Fuí entrando tan tonto como sinvergüenza. Es de advertir que por obra de Dios iba en mi mula: pues, no en la mia sino en la del doctor Purgante; pero ello es que apenas me vieron los dolientes, cuando comenzando por un murmullo de voces, se levantó contra mí tan fusioso torbellino de gritos, llamándome ladron y matador, que ya no me la podia acabar; y mas cuando el pueblo todo, que allí estaba junto, rompiendo los diques de la

moderación y dejándose de lágrimas y vituperios, comenzó á levantar piedras, y á disparármelas infinitamente y con gran tino y vocerío, diciéndome en su lengua: maldito seas, médico del diablo, que llevas trazas de acabar con todo el pueblo.

Yo entonces apreté los talones á la «machaca» y corrí lo mejor que pude, armado de peluca y de golilla, que nunca me faltaba, por hacerme respetable en todas ocasiones.

Los malvados indios no se olvidaron de mi casa, á la que no le valió el sagrado de estar junto á la de el cura, pues despues que aporrearon á la cocinera y á mi mozo, tratándolos de solapadores de mis asesinatos, la maltrataron toda haciendo pedazos mis pocos muebles, y tirando mis libros y mis botes por el balcon.

El alboroto del pueblo fué tan grande y temible, que el subdelegado se fué á refugiar á las casus curales, desde donde veia la frasca con el cura en el balcon, y el párroco le decia; no tenga vd. miedo, todo el encono es contra el médico. Si estas honras se hicieran con mas frecuencia á todos los charlatanes, no habria tantos matasanos en el mundo.

Este fué el fin glorioso que tuvieron mis aventuras de médico. Corrí como una liebre, y con tanta carrera y mal pasage que tuvo la mula, en el pueblo de Tlalnepantla se me cayó muerta á los dos dias. Era fuerza que lo mal habido tuviera un fin siniestro.

Finalmente, yo vendí allí la silla y la gualdrapa en lo primero que me dieron; tiré la peluca y la golilla en una zanja para no parecer tan ridí-

culo; y á pié y andando con mi capa al hombre y un palo en la mano, llegué á Méxic, donde me pasó la que leereis en el capítulo IV de esta verdadera é imponderable historia.

#### CAPITULO IV.

En el que se cuenta la espantosa aventura del lozero, y la historia del trapiento.

Ninguna fantasma ni espectro espanta al hombre mas cierta y constantemente que la conciencia criminal. En todas partes lo acusa y amedrenta, y siempre à proporcion de la gravedad del delito por oculto que este se halle. De suerte que aunque nadie persiga al delincuente y tenga la fortuna de que no se haya revelado su iniquidad, no importa; él se halla lleno de susto y desasose-